

Presentación de libros

Ignacio Ellacuría. *Veinte años de historia en El Salvador (1969-1989). Escritos políticos*. Tres tomos. San Salvador: UCA Editores, 1991, 1898 páginas.

Ignacio Ellacuría no quiso publicar libros suyos mientras fue rector de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas", porque decía que no quería que lo acusaran de aprovecharse de su posición de poder para publicar sus escritos. Sin embargo, a mediados de 1989 decidió recoger todos los editoriales, artículos, comentarios y pronunciamientos que había escrito desde 1969, con la idea de publicarlos en un libro. Con todo este material organizó un curso para recorrer dichos textos y analizarlos con sus alumnos. Le preocupaba una pregunta muy típica suya. Decía que quería volver a leer críticamente estos escritos para saber si había tenido razón o si se había equivocado en sus apreciaciones y juicios sobre la realidad nacional. La muerte lo sorprendió con el proceso a medias. Probablemente, pensaba escribir una introducción, en la cual presentaría estos textos, y también una conclusión, en la cual recogería las lecciones aprendidas en esos veinte años de labor intelectual. Conociéndolo, es fácil pensar que en esa conclusión hubiera respondido a la pregunta que lo desafiaba.

Al morir dejó una lista ordenada de los editoriales, artículos, comentarios y pronunciamientos que conforman estos tres volúmenes que UCA

Editores presenta, en ocasión del segundo aniversario de su martirio, como un homenaje a su memoria y como un servicio al pueblo salvadoreño, cuyos intereses defendió hasta las últimas consecuencias. Esa lista era un primer diseño de lo que sería el libro. El segundo diseño quedó incompleto; sólo encontramos lo que él llamó la introducción y el primer capítulo ("Diagnósticos"). Los siguientes capítulos han quedado tal como él los dejó, pero, seguramente, si hubiera tenido tiempo para terminar el segundo diseño, les hubiera dado otro orden y esta obra tendría otra estructura. Para ser fiel a la concepción de la obra que él tenía en proceso, hemos dejado la estructura del libro tal como la encontramos, es decir, la introducción y el primer capítulo están conformados por los textos que él colocó en el segundo diseño y los demás capítulos han quedado tal como se encuentran en el primer diseño.

Esta abrumadora cantidad de textos, casi dos mil páginas impresas, escritos a lo largo de veinte años de producción intelectual, muestran su dedicación a la asignatura que él consideraba principal, la realidad nacional. Su apasionamiento por la realidad nacional queda claramente demostrada en estos textos, escritos con esa atrayente fuerza creadora que lo caracterizaba y con un inmenso amor al pueblo salvadoreño. En ellos se puede observar y estudiar cómo usaba su estructura filosófica, concretamente el concepto de realidad histórica, fundamental en su pensamiento.

De esta forma, UCA Editores da continuidad a la publicación de sus obras completas; tarea que comenzó el año pasado con la edición y publicación de su obra filosófica, *Filosofía de la realidad histórica*. Las dos obras están íntimamente relacionadas, en la primera se encuentran expuestos los conceptos fundamentales para hacerse cargo y encargarse de la realidad nacional; y en la segunda, que publicamos ahora, se encuentra cómo puso a producir dichos conceptos, cargando con esa misma realidad. Para subrayar la importancia de sus planteamientos filosóficos, *Veinte años de historia en El Salvador (1969-1989)* se introduce con sus artículos filosóficos más importantes.

A lo largo de estos tres volúmenes se percibe con claridad el enorme esfuerzo de Ignacio Ellacuría para saber cada vez mejor y con más precisión cómo es la realidad salvadoreña y centroamericana. Desde los primeros escritos de estas dos décadas hasta el final se observa una búsqueda incesante para dar con el último y total por qué de esa realidad. A ello se debe su preferencia por la perspectiva estructural, sin descuidar todos sus entresijos coyunturales, que también analiza con minuciosidad. Para poder llevar a cabo esta tarea con objetividad procuraba estar muy bien enterado del pulso y del ritmo del proceso salvadoreño; por eso, procuraba informarse en las mismas fuentes. Ignacio Ellacuría era un intelectual que, en su afán por conocer cada vez más y mejor, conversaba sobre la realidad nacional con todos sus agentes, sin excluir a ninguno, incluidos los funcionarios del Departamento de Estado y de la embajada de Estados Unidos en San Salvador y los militares salvadoreños.

A finales de la década de los setenta tuvo contacto con los militares que apoyaban el proyecto de transformación agraria y con los que dieron el golpe de Estado del 15 de octubre de 1979. Al fracasar la primera junta de gobierno, los militares se alejaron de la universidad. Sin embargo, a comienzos de la década de los ochenta, hizo algunos intentos exitosos para entrevistarse con algunos de los oficiales de más alto rango. Justo antes de la ofensiva de noviembre de 1989, les cedió una de las cátedras de realidad nacional, que ya no se llevó a cabo. Todavía durante el cateo de la residen-

cia, pidió al oficial al mando que lo comunicara con el Ministro de Defensa.

Toda la información que conseguía, la procesaba y trataba de encontrarle un sentido. Su saber sobre la realidad nacional y el sentido que le fue encontrando a la realidad histórica salvadoreña y centroamericana se encuentran formulados procesualmente, como la misma realidad, en los textos que conforman esta obra en tres tomos.

Pero su sabiduría sobre la realidad nacional le permitía también desideologizarla, es decir, era extremadamente crítico de los planes económicos, de las estructuras sociales, del Estado y del gobierno, de los partidos políticos, de la Fuerza Armada, de las elecciones, del derecho y de la Constitución, de las relaciones internacionales, de la conciencia colectiva. Siempre estaba a la caza de los múltiples elementos ideologizados que conforman la realidad nacional, que no responden a la verdadera realidad del pueblo salvadoreño y centroamericano y favorecen la perpetuación de un orden injusto y violento. Crítico implacable, puso en tela de juicio toda suerte de tópicos que se quieren hacer pasar como evidencias. La tarea desideologizadora era un reto para él, puso lo mejor de sí mismo en este empeño, llegando a acumular un saber crítico muy creativo. Esto se nota con claridad a medida que se avanza cronológicamente en sus escritos políticos.

Estaba convencido de que la búsqueda y el anuncio de la verdad eran imprescindibles para la liberación de las mayorías populares. Pero la suya fue una búsqueda de la verdad de cara a lo que la impide, las ideologizaciones falsas y la mentira institucionalizada, por un lado, y la represión estatal y paraestatal que la acalla violentamente, por el otro lado. Por eso, sus escritos se caracterizan por una denuncia ineludible de la opresión, de la dominación estructural y de la violencia institucionalizada. Precisamente, por eso mismo, era tan temido y odiado, por unos; pero admirado y respetado por otros, por los salvadoreños más pobres y oprimidos, que en sus juicios y apreciaciones encontraban reflejadas la injusticia y la violencia de todos los días, así como también sus aspiraciones de liberación. El les dio voz y razón a través de sus escritos y de sus apariciones en los medios de

comunicación social. En él encontraron la continuidad de la dimensión profética de monseñor Romero.

En su denuncia y en su crítica, Ignacio Ellacuría era dialécticamente implacable. Así como vivía apasionadamente la realidad nacional, se apoderaba de él una indignación ética y profética que no contemporizaba con ninguna opresión ni violencia. Ahora bien, al mismo tiempo que denunciaba la mentira que oprime a la verdad, anunciaba que solamente si había verdad y justicia habría libertad real para los pueblos y los hombres. Luchó por instaurar una verdad y una justicia operativas y murió en el intento. Sus armas fueron la palabra autorizada y la docencia; su fuerza radica en la verdad que hay en sus análisis e interpretaciones. Por eso se hizo creíble para las mayorías populares y para los poderes políticos, muchos de los cuales lo visitaban para oír personalmente sus juicios y opiniones. Quienes lo mataron quisieron callar esa voz que anunciaba la liberación del pueblo salvadoreño a partir de la construcción de una realidad plena, apoyada en la verdad y en la justicia. Lo mataron porque sabían que su palabra tenía la fuerza de la razón. Como no tenían argumentos para rebatir los suyos, le destrozaron el cerebro.

Nunca apoyó la violencia como medio para resolver los problemas de El Salvador, pero tampoco fue un pacifista a ultranza. Su postura ante esta difícil realidad fue muy cuidada y matizada. Quienes lo han acusado de promover la violencia, ahora tienen la oportunidad de releer sus escritos más importantes, donde encontrarán que, desde muy pronto, comenzó a anunciar que si la injusticia estructural no era suprimida y sustituida por unas estructuras sociales más equitativas y justas, la guerra sería inevitable y sus consecuencias serían totalmente negativas para todos los salvadoreños. Advirtió con anticipación la violencia armada que se aproximaba y llamó la atención sobre sus terribles consecuencias sociales.

Cuando la guerra se desató con toda su fuerza destructora, a comienzos de la década de los ochenta, comenzó a repetir incansablemente que era necesario dialogar primero para negociar después una salida política. Este es uno de los temas

que más aparece en sus escritos a lo largo de la última década de su vida. No perdió oportunidad para explorar las posibilidades para un diálogo nacional y para una negociación política. Es notable observar cómo sus predicciones sobre este asunto tan importante para la vida del país en la actualidad se han cumplido. En esto, indudablemente, tuvo mucha razón.

Tampoco fue marxista ni mucho menos leninista —acusación falsa que sus detractores gustan repetir junto con la de que dirigía las acciones del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional. Sus escritos hablan por sí mismos. Solamente la ignorancia o la mala fe justifican que algunos sigan manteniendo esas acusaciones. Dialogaba con Marx, a quien conocía bastante bien; pero también lo hacía con Hegel y con Zubiri. Un análisis objetivo de todos estos editoriales y artículos demuestra que sus categorías no eran marxistas. Esta acusación, como bien sabemos, es usual entre quienes no tienen argumentos para rebatir la nuda realidad nacional víctima de la pobreza, la guerra y la muerte.

De lo que sí no queda ninguna duda es de que su perspectiva era siempre la de las mayorías populares salvadoreñas y centroamericanas, cuyos intereses siempre trató de defender y promover. Además de ser esta una de las claves de lectura de estos textos, es fascinante constatar cómo esas mayorías se fueron haciendo cada vez más presentes en su pensamiento hasta convertirse en una preocupación principal con perfiles muy definidos. La claridad de su pensamiento y la profundidad de su compromiso con ese pueblo empobrecido y violentado fueron algo dinámico, según los avances y las perspectivas del proceso salvadoreño. En esto también fue muy crítico, pero también muy creativo. Ni siquiera en este aspecto vital de su compromiso intelectual perdió la objetividad en sus análisis e interpretaciones. Su único compromiso era con la realidad. Ello lo obligaba a modificar constantemente su pensamiento, sin perder nunca el norte de la liberación del pueblo salvadoreño.

Una lectura objetiva de sus escritos constata que tampoco tenía compromiso absoluto con las

organizaciones políticas y militares, a las cuales promovió en aquello que favorecía a los intereses y al bienestar de las mayorías salvadoreñas, pero que, igualmente, criticó, y a veces duramente, con total independencia —tal como puede verse en algunos de sus textos más importantes—, cuando sus políticas y sus acciones no favorecían aquellos intereses. A lo largo de esos veinte años de actividad intelectual, se puede constatar cómo mantuvo un equilibrio difícil entre la utopía de la liberación de las mayorías y aquello que era posible en cada una de las coyunturas del proceso salvadoreño.

Esta actitud lo llevó a comprometer a la universidad en todas las coyunturas cruciales de esas dos décadas de historia, desde el análisis crítico de lo que estaba realmente en juego en la guerra con Honduras hasta el comienzo de una nueva fase con la llegada de la derecha al poder del Estado. Siempre que vio una posibilidad para historizar la utopía, aunque sólo fuese una pequeña parte de ella, la apoyó y trabajó para que tomara cuerpo en el proceso salvadoreño. Por eso, apoyó la transformación agraria y el golpe militar a finales de la primera década. La izquierda salvadoreña lo criticó duramente por ello, pero él estaba convencido de que si esas dos posibilidades se realizaban, el proceso salvadoreño avanzaría de modo importante. Sin embargo, cuando vio que aquellas posibilidades se desviaban, sin conseguir las transformaciones que habían prometido, se desligó de ellas, denunciándolas proféticamente, como es el caso del famoso editorial titulado "A sus órdenes mi capital".

Pese a que los análisis le daban que el proceso salvadoreño se dirigía inevitablemente hacia el conflicto social y armado, siempre mantuvo la esperanza en poder encontrar una salida para evitar el conflicto y el derramamiento de sangre. Sus escritos dan testimonio con cuánto ahínco exploró todas las posibilidades que se presentaron en estas dos décadas. Siempre trataba de encontrar aquellos elementos que pudieran llevar a terminar con ambos conflictos. Esto sólo es posible si se vive abierto a la esperanza y a la utopía. Fue crítico implacable, al igual que los profetas de la tradición cristiana, pero siempre estaba atento a encontrar signos alentadores, a señalarlos y a anunciar

sus posibilidades. Una larga sección de estos escritos está dedicada al planteamiento de soluciones para El Salvador y también para Centroamérica. El último artículo, dedicado a las perspectivas de futuro, apunta esperanzadamente hacia ese horizonte de liberación, fundado en la verdad y la justicia.

Veinte años de historia en El Salvador (1969-1989) son dos décadas cruciales de la historia salvadoreña. En este sentido, es un libro de realidad histórica nacional. Y dentro de ella, empujando el proceso hacia la racionalidad, la verdad y la justicia, hacia la creación de la realidad plena, en cuanto liberación de todas las opresiones y violencias, se encuentra la actividad intelectual de Ignacio Ellacuría. Estas dos décadas fueron las más productivas y creativas de su vida; pero esto no se puede comprender sino es en estrecha vinculación con el proceso de esta realidad nacional con la cual se comprometió. Su vida personal sólo alcanza su dimensión total dentro de esta gran historia nacional. Así, pues, son veinte años de historia del país, pero también son los veinte mejores años de Ignacio Ellacuría.

En estos tres tomos se encuentra recogida también una buena parte de las dos décadas más importantes de la revista *Estudios Centroamericanos (ECA)*. Ignacio Ellacuría fue uno de los colaboradores y directores más importantes de esta revista, que ya tiene un merecido lugar entre las publicaciones periódicas más prestigiosas de América Latina. En cuanto tal, sus escritos reflejan, derivadamente, la historia de *ECA* y, sobre todo, su contribución a la creación de opinión pública y a la formación de la conciencia nacional. Los artículos aquí recogidos no son los únicos, hay otros publicados antes de 1969, pero él no los tomó en cuenta. El año de 1969, cuando aconteció la guerra con Honduras, marca claramente el compromiso decidido de Ignacio Ellacuría y de *ECA* con la liberación de las mayorías empobrecidas de El Salvador. De hecho, estas dos décadas de *ECA* son las más creativas y comprometidas. Por lo tanto, no es extraño que a lo largo de los tres volúmenes se encuentren abundantes referencias a otros artículos de *ECA*, lo cual obliga a tener presente la totalidad de la revista.

Finalmente, aquí se encuentra historizado el compromiso universitario con la realidad nacional. ECA es la portavoz de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" y en cuanto tal, es su cátedra más importante, porque es la que está dirigida al mayor número de estudiantes y porque trata de la materia más importante de esta universidad, la realidad nacional. En este sentido, aquí se encuentra plasmada una parte muy importante de la actividad docente de Ignacio Ellacuría. Es, además, una forma concreta del compromiso político de la universidad y del sentido político de la misma. Por eso, él ha incluido en la introducción uno de sus artículos más importantes sobre este tema.

Con esta publicación, la más grande de todas las llevadas a cabo hasta ahora por la editorial universitaria, UCA Editores devuelve al pueblo salvadoreño y centroamericano la labor intelectual y el compromiso liberador de Ignacio Ellacuría. Son tres tomos densos que deben tomarse reposadamente para aprender y para comprometerse con la tarea de liberar al pueblo salvadoreño y centroamericano.

Hemos editado los textos, introduciendo algunas modificaciones de estilo que facilitan su lectura y comprensión. La presión de los acontecimientos y las exigencias de la dirección de la universidad, con frecuencia no permitieron a Ignacio Ellacuría revisar los textos, los cuales pasaron a la imprenta sin una segunda redacción. Al editarlos para esta publicación, hemos tenido sumo cuidado en no alterar su sentido, pero también nos hemos esforzado para que puedan ser comprendidos con facilidad. A veces, su estilo no es fácil. Solía decir que su lenguaje era difícil, porque trataba de hablar con el mismo carácter estructural de la realidad. Sin embargo, se esforzaba por ser claro, aunque siempre preciso, riguroso y complejo.

Debajo de cada título se encuentra la fecha del escrito, cuando la hay, y la fecha y lugar de la publicación. Asimismo, indicamos si el texto fue publicado bajo seudónimo.

No queremos terminar esta presentación sin agradecer, en nombre de todos los lectores, a un generoso amigo de UCA Editores quien, con un cuantioso aporte, ha hecho posible disminuir el

costo de esta obra, haciéndola accesible.

Rodolfo Cardenal
San Salvador, 9 de noviembre de 1991.

Jon Sobrino. *Jesucristo liberador. Lectura histórico-teológica de Jesús de Nazaret*. San Salvador: UCA Editores, 1991, 456 páginas.

Presentar un libro propio —el título es *Jesucristo liberador*— en una ocasión como ésta sólo puede tener sentido si lo relacionamos con los mártires, cuyo segundo aniversario estamos celebrando y con aquellos —todo un pueblo— por quienes y con quienes los mártires de la UCA fueron asesinados y eso es lo que vamos a intentar hacer.

Ante todo, he de decir que desde hace muchos años encontré apoyo y ánimo para escribir este libro en mis hermanos jesuitas, sobre todo en Ellacuría. Y, por otra parte, también el pueblo salvadoreño me ha empujado a hacerlo, y de una forma muy precisa. Y es que la realidad salvadoreña me ha dado mucho que pensar y me ha ayudado también a pensar sobre Jesucristo.

Aquí, en El Salvador —a diferencia de lo que ocurre en otros lugares, en países de abundancia—, las frases evangélicas más fundamentales no se han convertido en rutina, sino que suenan a realidad. Es verdad que hay pueblos crucificados, "Cristos azotados", como decía Bartolomé de las Casas, y ello hace comprender mejor hoy a Cristo, el siervo sufriente de Yahvé. Es verdad que hay innumerable mártires que han dado su vida por amor y que siguen presentes y actuantes, y ello ayuda a comprender hoy al mártir Jesús y al Cristo resucitado de entre los muertos y presente hoy entre los vivos. Es verdad que muchos cristianos se han convertido en buena noticia para nosotros, y ello ayuda a comprender hoy que Jesús y su Dios son buena noticia. Es verdad que "con Monseñor Romero Dios pasó por El Salvador", como decía Ignacio Ellacuría, y ello ayuda a comprender hoy que con Jesús Dios pasó por este mundo.

Tantos testigos y mártires, tantos cristianos y cristianas que se parecen a Jesús dan que pensar

sobre Jesús y ayudan a pensar en Jesús. Con su genialidad acostumbrada, Karl Rahner decía que “el ser humano es un modo deficiente de ser Cristo”. El que el modo sea “deficiente” es cosa de esperar, pero el que existan en verdad seres humanos que sean “modos de ser Cristo” es cosa de agradecer.

Rodeados de estos testigos, de esos pequeños Cristos, hemos escrito este libro. Puede decirse, sin exageración, que está escrito desde 75,000 asesinados, con todo el horror de esa barbarie, pero también con todo el amor que tanto martirio ha acumulado.

Y, por ello, si se me permite una confesión personal, escribir este libro sobre el profeta y mártir Jesús ha sido para mí una experiencia similar hasta cierto punto a escribir sobre el profeta y mártir Monseñor Romero o sobre las cuatro religiosas norteamericanas o sobre los ocho mártires de la UCA. Aun con las obvias diferencias, siempre que he escrito sobre mártires salvadoreños he tenido la sensación de escribir este libro. De alguna forma, he sentido que la historia de Jesús me es familiar y que ésa es una de las razones para poder y tener que escribir sobre él. Por ello, sea cuales fueren sus méritos y deméritos, el libro está escrito con agradecimiento —como los salvadoreños agradecemos a nuestros mártires— y sin ninguna rutina.

El libro está escrito desde El Salvador y está escrito para El Salvador y para realidades como la salvadoreña, y por eso lo hemos titulado *Jesucristo liberador*. Y este título —y el que sigamos hablando de “liberación”— necesita un mínimo de explicación.

Quizás algunos sonrían y nos tenga por empedernidos ingenuos. ¿Cómo seguir hablando de “liberación” cuando incluso hay teólogos profesionales que consideran a la teología de la liberación cosa ya acabada y cuando la caída del socialismo hace entonar el réquiem por ella? Quizás otros se enojen y nos tenga por perversos sin remedio —aunque cosas peores dijeron de los mártires de la UCA— como si estuviésemos empeñados en mantener una teología que hubiese sido el origen

de todos los males en nuestro país. Otros, por último, quizás se escandalicen y nos recuerden las advertencias, los ataques y aun las condenas del Vaticano —aunque éstas sean mucho más matizadas de lo que se presenta en la gran prensa— contra esta teología.

A pesar de todo, insistimos, sin embargo, en escribir una cristología desde y para la “liberación”. En ella insistió hasta sus últimos días —lo hacía sobre todo cuando hablaba en Europa— el nada ingenuo Ignacio Ellacuría, y la razón fundamental para esa insistencia consiste en que liberación dice relación esencial a “opresión”. Hacer teología de la liberación no es, pues, una moda pasajera porque, muy desafortunadamente, no lo es la opresión. Una cosa es que los productos concretos de la teología de la liberación satisfagan o no, y otra muy distinta es que sea una moda.

A nivel mundial la opresión de miles de millones de seres humanos es un hecho real, dramático y fundamental que no nos lo puede hacer ignorar ni hacer pasar a segundo plano “el nuevo orden mundial” del presidente Bush ni la increíble afirmación de que “hemos llegado ya al final de la historia”. Más de 3,000 millones de seres humanos viven en terrible pobreza, y de ellos 1,116 —según estadísticas del BID— en pobreza crítica, biológica, absoluta. Es decir, son simplemente los condenados a morir.

Y a esta situación hay que llamarla no sólo pobreza, sino opresión, porque su raíz fundamental sigue siendo histórica. El mundo desarrollado conoce esta situación, puede darle solución, pero en la realidad de los hechos no le da solución, pudiendo hacerlo, y la propicia incluso en la medida en que esto defiende sus intereses.

Todo esto es bien conocido, y sólo hay que recalcar que esta realidad, hoy por hoy, va a más y no a menos. En un artículo reciente se afirma que ya ha comenzado el siglo XXI, y que lo que caracteriza a ese nuevo siglo que acabamos de estrenar es la nueva relación norte-sur: “el norte contra el sur”.

Aquí, en El Salvador, todos tenemos la esperanza de salir de la tragedia de la guerra, pero,

aun salidos de ella, varios problemas nos aguardan. Además de los problemas específicos de toda postguerra, los poderosos del capital ya se están preparando para mantener o crear el tipo de sistema económico que esté en favor de ellos. Ojalá avancemos y lleguemos a la democracia, pero si lo que las democracias occidentales han hecho realmente hasta ahora por los oprimidos de nuestro país es un índice de lo que nos espera, el futuro es bien sombrío. Y para ello no hace falta más que recordar cómo ha funcionado bajo el control de Estados Unidos y bajo la mirada de los países europeos no sólo lo económico, sino también lo militar, la administración de justicia, los medios de comunicación...

Siendo así las cosas, no veo qué otra teología que no sea la de la liberación puede ayudar a nuestro país y a países como el nuestro... No veo qué otras teologías —ni la mayoría de las teologías sofisticadas de los países desarrollados, ni las teologías que hoy proliferan entre movimientos, carismáticos, pentecostales, catecumenales... y sectas (sea cuales fueren sus posibles frutos en otras áreas de la vida)— pueden propiciar la necesaria justicia en nuestra sociedad. “Los teólogos de la liberación no somos más inteligentes que los demás ni tenemos más medios que los demás”, decía Ignacio Ellacuría. Quizás eso no fuese muy verdadero aplicado al mismo Ellacuría, dada su excepcional inteligencia. Pero sí es verdad lo que añadía a continuación. “Nuestra ventaja es que tenemos la realidad ante nuestros ojos. La teología de la liberación no ha hecho más que poner el dedo en la llaga de la realidad”.

Por esta razón histórica enfocamos este libro de cristología desde la liberación, pero también por una razón humano-religiosa fundamental: no veo qué sentido pueda tener hablar de Dios —mucho menos de un Dios Padre— ignorando la tragedia, la pobreza y la muerte de sus hijos. Simplemente, no veo cómo se puede creer en Dios en un mundo de pobreza, injusticia y muerte sin vivir y desvivirse para que sus hijos tengan vida.

Si todo esto es así, también la cristología tiene que ser, por necesidad, cristología de la liberación y Jesucristo tiene que ser presentado como libe-

rador. Recordemos que vivimos en un continente latinoamericano en el que Jesucristo está, de hecho, presente de varias formas: o como realidad de fe o como personaje histórico o como símbolo socio-cultural. Y no sólo eso. En América Latina, a todo el mundo le interesa aparecer teniendo a Jesucristo a su favor o al menos no le interesa aparecer teniéndolo en su contra. En esta situación, ya que de hecho Jesucristo es usado, es responsabilidad de la teología mostrar su verdadero rostro para que sea bien usado, para que, como mínimo, Jesucristo esté al servicio del *mysterium liberationis* y en contra del *mysterium iniquitatis*.

Con esta finalidad está escrito este libro y ella guía su contenido. Brevemente, quisiera mencionar ahora los tres puntos sobre los que gira, que pueden ser relevantes para creyentes y también —pensamos— para cualquier salvadoreño de buena voluntad. Y mencionamos estos tres puntos además, porque, aún siendo absolutamente necesarios y aún recogiendo lo esencial de la herencia latinoamericana de Medellín y Puebla, pueden ir muriendo poco a poco en la conciencia eclesial y parece que van muriendo realmente en la conciencia eclesial oficial. Ojalá no se los entierre definitivamente en la reunión de Santo Domingo en 1992.

Jesús y el reino de Dios. El primer punto es la relación de Jesús con el reino de Dios, con esa realidad que no es otra cosa que la realidad de nuestro mundo histórico, según el corazón de Dios. Cuán actual sea hablar del reino de Dios lo muestra el último escrito teológico de Ignacio Ellacuría “Profetismo y utopía”. Profecía contra el antirreino, contra las estructuras que generan pobreza, indignidad, segregación y muerte. Utopía de que la vida es posible y basada en la vida de los pobres.

Eso es lo que ofreció Jesús: una profecía que desenmascaró las causas de la opresión histórica y religiosa, y una utopía a la cual se corresponde con una esperanza: esperanza histórica, tan histórica como los cantos y las tortillas de los campesinos; una esperanza popular, no sólo individual, sino esperanza para todo un pueblo, esperanza comunitaria; una esperanza realista, no ingenua, en

presencia de años de y siglos de injusticias, una esperanza práxica capaz de hacer milagros...

Jesús —eso lo podemos entender todos— aparece entroncado, entonces, en esa corriente esperanzada de la historia, que una y otra vez intenta que haya justicia, dignidad y vida. De esa misma corriente esperanzada participan muchos salvadoreños y de ella participaron y en ella se mantuvieron los mártires de la UCA. Y, por cierto, con una diferencia, Jesús trabajó tres años —según algunos sólo uno—, mientras que el P. Ellacuría trabajó veintidós años y tuvo que cambiar y transitar nuevos caminos para hacer de la esperanza algo realista: primeros intentos de reforma agraria, elecciones, organizaciones populares, golpe del 15 de octubre, estallido político militar, diálogo y negociación.

De ese Jesús, con esperanza real e histórica, y de estos mártires tiene gran necesidad nuestro país en estos momentos.

El Dios de Jesús. El segundo punto es la relación de Jesús con un "Dios" a quien él llamaba "Padre". También Jesús, como cualquier ser humano de hoy, tuvo que habérselas con el misterio de la realidad, su luminosidad y opacidad, y con el sentido de la vida. Jesús creyó que en el fondo de la realidad existe la bondad, la justicia, la misericordia, la ternura, y por eso llamó a Dios Padre. Pero ese Padre siguió siendo Dios, el misterio último, inmanipulable, inabarcable. Por ello, Jesús confió y descansó en un Dios que es Padre, pero ese Padre nunca lo dejó descansar, porque seguía siendo Dios y al final, recordemos su conocido grito en la cruz: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?".

Ese Dios de Jesús sigue siendo muy actual en El Salvador, y —aunque Dios es gratuito— sigue siendo muy necesario. Los pobres, aquellos que tienen prácticamente a todos los poderes en su contra: gobiernos, militares, oligarquías, embajadas imperiales —y quiera Dios que no tengan en su contra también a iglesias, congregaciones religiosas y universidades— confían en Dios, en su Dios, en el Dios al que ahora llamamos Dios de vida, Dios de la liberación, Dios de la justicia,

Dios de los pobres. Y también a ese mismo Dios se dirigen, como Jesús, con angustia: "por qué tanta muerte, por qué los desaparecidos los torturados, los asesinados".

Es un milagro que en El Salvador siga habiendo fe y confianza en ese Dios, y siga habiendo entrega a ese Dios. Pero ahí está el milagro. La fe de Jesús —de hace veinte siglos— en un Dios Padre sigue presente en los salvadoreños y sigue humanizándolos.

El martirio de Jesús y el pueblo crucificado. Por anunciar el reino de Dios en contra del antirreino, por adorar a Dios y combatir a los ídolos, Jesús murió mártir. Es ésta una cruel verdad y —visto desde nuestra historia reciente— la verdad más verosímil del evangelio, sea para el creyente o para el increyente. Esa verdad sigue siendo muy central en El Salvador, y muy necesario recordarla en aniversarios de mártires.

En nuestro país —y en otros países latinoamericanos— hay muchos que han muerto como Jesús —asesinados, libremente, sin ejercer violencia— y que han muerto por las mismas razones por las que murió Jesús —la defensa de los pobres en contra de los poderosos. Muchos de ellos son cristianos y han vivido en las iglesias cristianas, pero propiamente hablando no son mártires de la Iglesia, aunque vivan y mueran en ella, sino mártires del reino de Dios, mártires de la humanidad y de su corriente esperanzada, profética y utópica. Por decirlo gráficamente, cuando asesinaron a Monseñor Romero hubo que ir hasta el siglo XII para encontrar un precedente en Thomas Becket, arzobispo de Canterbury, pero con una diferencia —esencial—, que recogen los siguientes versos:

En oscuros siglos, se cuenta,
algún obispo murió
por orden de un rey,
salpicando con su sangre el cáliz
por defender la libertad de la Iglesia
frente al poder.

Está muy bien, pero
¿desde cuándo no se había contado
que mataran a un obispo en el altar

sin hablar de la Iglesia
sino simplemente
porque se puso del lado de los pobres
y dio voz a su sed de justicia
que clama al cielo?

Quizás hay que ir al origen mismo,
al que mataron
con muerte de esclavo subversivo.

De entre los miles de mártires salvadoreños y latinoamericanos, muchos murieron de forma muy parecida a la de Jesús y son mártires como Jesús. Son los Rutilio Grande, Monseñor Romero, los seis jesuitas de la UCA y muchos otros... Ellos son también los más conocidos, los más venerados, los que —en un sentido— más presentizan a Jesús. Pero muchísimos otros han muerto también violentamente, y como son tantos hay que decir una palabra sobre ellos, aunque con ello entremos en terreno resbaladizo política y eclesialmente.

En El Salvador y en otros países latinoamericanos, ha habido quiénes, además de la palabra, han usado las armas para intentar liberar a las mayorías pobres. No se trata ahora de hacer análisis políticos ni, por supuesto, de propiciar la violencia armada, lo cual, en la actual, coyuntura no sólo sería cruel e irracional, sino anacrónico. Pero sí se trata de reconocer a aquellos salvadoreños que, según su conciencia, llegaron a luchar por la liberación de un pueblo. Cuánto haya habido de amor —o de otras motivaciones— en esas decisiones sólo Dios lo sabe.

Teóricamente, puede discutirse incluso si esos combatientes pueden ser mártires, y según Santo Tomás lo pueden ser, pues lo específico del martirio consiste en que la muerte violenta que acontece sea muerte por amor infligida injustamente. Pero más allá de la discusión teórica, recordemos el dolor real, inmenso, de tantas madres que han perdido a sus hijos y que, al asociarlos a la cruz de Jesús, y poderlos llamar caídos o mártires, puedan recibir al menos consuelo.

Por último, existen los asesinados masiva, inocente y anónimamente sin haber hecho uso de ninguna violencia explícita, ni siquiera la de la pala-

bra. No han entregado activamente la vida por la defensa de la fe y ni siquiera, en directo, por defender el reino de Dios. Son los campesinos, niños, mujeres, ancianos sobre todo, que mueren lentamente día a día y mueren violentamente con increíble crueldad y en total indefensión. Son simplemente matados y masacrados. Mueren sin libertad y mueren por necesidad. Y mueren por miles y miles. La Oficina de Tutela Legal del Arzobispado acaba de ofrecer un informe en el cual ya se han identificado, con nombre y apellido, 794 campesinos de los más de mil que fueron asesinados en El Mozote, en diciembre de 1981.

Para describir a este tipo de muertos-matados, campesinos anónimos en su mayor parte, ni siquiera hay palabra en el lenguaje eclesial. Normalmente, no se les llama mártires, pues falta el requisito de que hayan entregado su vida “libremente” por alguna verdad de la fe. Y es que los pobres ni libertad tienen para ser mártires. Sin embargo, también a ellos —y sobre todo a ellos— quisiéramos llamarlos mártires, pues expresan total inocencia y total indefensión. Sin pretenderlo, sin deseárselo y sin saberlo, ellos son los que más “completan en su carne lo que falta a la pasión de Cristo”.

De esta forma, con el pueblo crucificado y mártir —tema que no suele estar presente en las cristologías, aun en aquellas que tratan el tema del Dios crucificado— terminamos este libro. Primero Dios, escribiremos un segundo volumen, comenzando con la resurrección de Jesús, y esperamos también que la realidad salvadoreña en que nos toque escribirlo sea de resurrección, así como la que ha acompañado a este primer volumen ha sido de pasión.

Lo que deseamos es que el mártir Jesús, los mártires de la UCA y el pueblo salvadoreño mártir nos guíen siempre no sólo ni principalmente en lo que hay que escribir, sino en lo que hay que construir y en lo que hay que destruir y desterrar para siempre. Desde este punto de vista, los mártires son molestos, pero son necesarios.

Si mal no estoy fue Sócrates quien en su “Apología” decía a los magistrados atenienses que po-

drían enviarlo a la muerte o no, pero que mientras él viviera sería un tábano, un como aguijón, que nunca dejaría a los atenienses en paz... para su bien.

Nuestro deseo es que los mártires salvadoreños y el mártir Jesús nunca nos dejen en paz... para bien de todos. Y que siempre nos ofrezcan los ca-

minos que debemos transitar para que los pobres tengan vida y vida en abundancia y para que así todos nos humanicemos.

Jon Sobrino.

San Salvador, 14 de noviembre de 1991.

